

POSTURA CLÁSICA SOBRE MORAL SEXUAL EL VALOR DE LA SEXUALIDAD EN EL MARCO DEL AMOR

La sexualidad como valor.
La cultura y la sexualidad..
Responsabilidad sexual ante el cuerpo.
Masculinidad y feminidad.
Pudor y vergüenza.
Referencias al cuerpo en la Sagrada Escritura.
Responsabilidad sexual frente al amor.
El amor como encuentro.
El amor como amistad.
El amor en la Sagrada Escritura..
Valoración ética de algunos comportamientos sexuales.
Masturbación y autoerotismo.
Homosexualidad.
Relaciones extramatrimoniales.

LA SEXUALIDAD COMO VALOR

El ser humano nace sexuado. A lo largo de la historia, este hecho ha sido considerado por los hombres como algo de gran importancia. Incluso se ha visto en la sexualidad algo misterioso y sagrado, que ha llevado a convertirlo en rito en un contexto religioso, por ejemplo, en los ritos de la iniciación sexual cuando se llegaba a la edad de la pubertad. Sobre este trasfondo, según las diversas culturas se ha concedido un valor diverso a la sexualidad. Algunas de estas culturas han radicalizado sus actitudes en dos direcciones opuestas: el puritanismo y el permisivismo.

a) El puritanismo. Según esta actitud, los comportamientos sexuales aparecen como un rebajamiento del hombre: un mal. En las religiones dualistas o maniqueas -que consideran el bien y el mal como dos realidades opuestas- la actividad sexual viene vinculada al principio del mal, por considerar sólo el aspecto material de la sexualidad, la cual será mala, aunque necesaria para la transmisión de la vida. De ahí que los puros tengan que abstenerse de ella. El matrimonio se consideraba como una realidad desagradable, impura, aunque inevitable para la mayoría. En esta perspectiva, el sexo ocupa un importante lugar dentro de la moral y, fácilmente, se convierte en objeto de obsesión y de culpabilidad.

b) El permisivismo. Frente al puritanismo que despreciaba el valor de la sexualidad aparece una reacción -por otro lado, frecuente en nuestros días- que considera al sexo como una realidad excesivamente importante pues es fuente de placer. Según esta mentalidad -envuelta muchas veces con ropaje pseudocientífico- cualquier actividad sexual es positiva, incluso cuando sea contra naturaleza, así se prescinde del sentido de falta en este terreno, y, por tanto, de culpa. Curiosamente, en esta actitud el sexo también ocupa un lugar preeminente en la moralidad, aunque sólo sea para condenar constantemente las "represiones sexuales".

En las dos actitudes extremas la raíz es la misma: la separación de personalidad y sexualidad. Nada hay en el hombre que sea solamente corporal o sólo espiritual. La sexualidad es algo que pertenece a la persona, que es la que está sexuada.

"A la verdad en el sexo radican las notas características que constituyen a las personas como hombres y mujeres en el plano biológico, psicológico y espiritual, teniendo así mucha parte en la evolución individual y en su inserción en la sociedad".
(S. C. para la Doctrina de la Fe, Persona humana, n. I).

El valor de la sexualidad vendrá de una doble vertiente: la vida y el amor. Por ella se transmite la vida, y el hombre y la mujer se comunican de una manera especial.

LA CULTURA Y LA SEXUALIDAD

Hay aspectos de la sexualidad que son independientes de las diversas culturas que se han ido desarrollando en la historia. Otros, en cambio, dependen mucho del contexto cultural. Así, por ejemplo, en la familia, que es la primera

sociedad natural, como transmisora de la vida, tiene primordial importancia la sexualidad. En la familia, de un modo natural, el niño crece hasta la madurez en el ambiente más óptimo de ayuda y cariño. Los padres, a su vez, pueden ver en los hijos el fruto de su amor, haciendo de ellos su principal preocupación.

Sin embargo, no todas las culturas llevan a la familia. Así, las sociedades poligámicas, en que el papel de la mujer queda desvalorizado lo mismo que la relación paterno-filial, la familia tiene otro sentido que en nuestra cultura. En las utopías socialistas ocurre algo semejante. En ellas, el Estado ocupa el puesto de la familia como sociedad primera y necesaria. El niño es más un ciudadano del Estado que hijo de sus padres, en consecuencia depende del Estado y puede ser separado de los padres si así conviene a las directrices del Estado.

"La educación para el amor como don de sí mismo constituye también la premisa indispensable para los padres, llamados a ofrecer a los hijos una educación sexual clara y delicada. Ante una cultura que "banaliza" en gran parte la sexualidad humana, porque la interpreta y la vive de manera reductiva y empobrecida, relacionándola únicamente con el cuerpo y el placer egoísta, el servicio educativo de los padres debe basarse sobre una cultura sexual que sea verdadera y plenamente personal. En efecto, la sexualidad es una riqueza de toda la persona -cuerpo, sentimiento y espíritu- y manifiesta su significado íntimo al llevar la persona hacia el don de sí misma en el amor.

"La educación sexual, derecho y deber fundamental de los padres, debe realizarse siempre bajo su dirección solícita, tanto en casa como en los centros educativos elegidos y controlados por ellos. En este sentido la Iglesia reafirma la ley de la subsidiaridad, que la escuela tiene que observar cuando coopera en la educación sexual, situándose en el espíritu mismo que anima a los padres"

(Juan Pablo II, Familiaris consortio, n. 37).

RESPONSABILIDAD SEXUAL ANTE EL CUERPO

La Revelación proporciona una gran luz sobre el sentido del mundo entero y, en concreto, sobre el sentido del hombre. La narración bíblica insiste en manifestar que todo lo creado es bueno, pero al referirse al hombre hace tres precisiones importantes: primera, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gén. 1, 26); segunda, que su creación es vista por Dios como muy buena (Gén. 1, 31); y tercera, que en el ser humano hay una diferenciación entre hombre y mujer: Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó (Gén. 1, 27). El relato es conciso pero rico en contenido. Se puede decir que el hombre es cuerpo visible como el resto de la creación, pero que al mismo tiempo se diferencia esencialmente del resto de ésta por su especial semejanza con Dios. Esta semejanza divina le viene dada por la espiritualidad. El hombre es cuerpo pero es, fundamentalmente, persona.

Por otra parte, el cuerpo humano se diferencia en dos formas diversas: hombre y mujer. Ambas expresiones de la corporalidad humana se complementan y enriquecen mutuamente. Así lo expresa Adán al contemplar a Eva por primera vez y captar que ha superado la soledad o diferencia específica con todos los demás seres que le rodean: "Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Gén. 2, 23). El designio divino al crear la diferencia de sexos se manifiesta al decir: "No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él" (Gén. 2, 12), con lo que el hombre supera la soledad originaria, y al decir también: "Procread y multiplicaos y henchid la tierra; sometedla y dominadla" (Gén. 1, 28), con lo que manifiesta el fin primordial de la sexualidad.

El hombre y la mujer son personas, participantes de la espiritualidad divina, con una corporalidad que les permite una comunión especial entre ellos. Esta comunión será de espíritu y cuerpo. En una comunión de vida y de amor. A través del cuerpo transmiten la vida a otros seres humanos, y por la comunión del espíritu se aman con un amor que les enriquece mutuamente, y les acerca a Dios, que es Amor.

MASCULINIDAD Y FEMINIDAD

Estas dos formas de corporalidad expresan la sexualidad humana. En el Génesis se nos dice que Adán "conoció a Eva, su mujer, la cual concibió y parió a Caín, diciendo: He adquirido un hombre por merced de Dios. Y dio a luz después al hermano de éste, Abel" (4, 12). El sentido bíblico del verbo conocer expresa la unión conyugal.

De estas expresiones se puede sacar una importante consecuencia: el cuerpo tiene un sentido esponsalicio, como enseña reiteradamente Juan Pablo II. El que conoce es el varón; la conocida, la mujer. Así se capta el sentido de la masculinidad y la feminidad. "El misterio de la feminidad se manifiesta y se revela hasta el fondo mediante la maternidad como dice el texto "la cual concibió y dio a luz". La mujer está ante el hombre como madre, sujeto de la nueva vida humana que se concibe y se desarrolla en ella, y de ella nace al mundo. Así se revela también hasta el fondo el misterio de la masculinidad, es decir, el significado generador y paterno de su cuerpo"

(Juan Pablo II, 12-111-80).

Masculinidad y feminidad son, pues, dos formas corporales del ser humano creadas para el don mutuo, que se manifiesta, ante todo, en la transmisión de la vida y en el mutuo descubrimiento que proporciona el amor sexual. A través del cuerpo es como el hombre experimenta el mundo. A través del lenguaje corporal y luego oral, es como se conoce a las otras personas con las que se comparte la existencia. El cuerpo es necesario, incluso, para el encuentro con Dios, quien se da a conocer a través de sus criaturas, auténticas "huellas de Dios". Ésta es la dignidad del cuerpo humano.

"¡Tened un gran respeto a vuestro cuerpo y al cuerpo de los demás! ¡Que vuestro cuerpo esté al servicio de vuestro yo profundo! ¡Que vuestros gestos, vuestras miradas sean siempre reflejo de vuestra alma! ¿Adoración del cuerpo? No, jamás. ¿Desprecio del cuerpo? Tampoco. ¿Dominio sobre el cuerpo? ¡Sí! ¿Transfiguración del cuerpo? Mejor todavía"
(Juan Pablo II, París, 1-VI-80)

PUDOR Y VERGÜENZA

Antes del pecado original "ambos, a saber, Adán y su esposa, estaban desnudos y no sentían por ello ningún rubor" (Gén. 2, 25). Después del pecado original -se les abrieron los ojos a entrambos: y como echasen de ver que estaban desnudos, cosieron unos ceñidores" (Gén. 3, 7). Después, esa vergüenza se manifestará en esconderse a los ojos de Dios. Juan Pablo II explica esta vergüenza diciendo que la no presencia de vergüenza antes del pecado original no es una carencia o un subdesarrollo del pudor sino algo natural, y, por tanto, querido por Dios.

Así como en la desnudez originaria se da una sencillez y una comprensión del cuerpo limpia, que transparenta el espíritu, la vergüenza posterior manifiesta el desorden interior producido en lo más íntimo del ser humano, así como la dificultad para la intercomunicación personal. El pudor no es una imposición cultural, sino algo inserto en lo más íntimo del hombre y de la mujer, como defensa de la intimidad personal.

REFERENCIAS AL CUERPO EN LA SAGRADA ESCRITURA

Todas estas reflexiones éticas se encuentran en la Sagrada Escritura, lo que demuestra cómo la corporeidad no es algo ajeno a la voluntad de Dios.

En las primeras páginas de la Sagrada Escritura (Gén. 2, 7) se representa al cuerpo del hombre como fruto de la acción creadora de Dios: "Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz un aliento de vida y el hombre se convirtió en ser vivo".

"Modeló: El texto sagrado dice que Dios modeló al hombre de arcilla del suelo y le infundió un aliento de vida. Estas imágenes nos muestran a Dios como alfarero del hombre y nos enseñan el cuidado que tiene con su "imagen" y criatura predilecta (Gén. 1, 27). Al darnos cuenta de ello descubrimos hasta qué punto la persona humana es digna de respeto.

"La materia escogida es la "tierra": arcilla o barro, si está húmeda; polvo, si está seca. Gracias a un "aliento de vida", a un principio vital que Dios infunde, el hombre se convierte en "persona viva": bella imagen para expresar que sólo Dios vive por sí mismo y que el hombre, llamado amorosamente a la vida por Él, es hechura de Dios en todo su ser: como ser material (tierra modelada) y como ser vivo y espiritual (aliento infundido)". (Bplic, t. I).

En Job (10, 8-12) se dice: -Tus manos me formaron y modelaron todo mi contorno; ¿y ahora me aniquilas? Recuerda que me hiciste del barro ¿y me vas a devolver al polvo? ¿No me vertiste como leche?, ¿no me cuajaste como queso?, ¿no me forraste de carne y piel?, ¿no me tejiste de huesos y tendones?, ¿no me otorgaste vida y favor?, ¿y tu providencia no custodió mi espíritu?

"Una tras otra van pasando las imágenes que expresan la ternura del Artista por su obra maestra. Su solicitud de padre culmina con el don de la vida" (Bplic, t. I).

En el salmo 139, 13-14, se dan gracias a Dios y se le alaba por haber creado al hombre: "Tú me has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Te doy gracias porque me has escogido portentosamente, porque son admirables tus obras..

Por otra parte, el capítulo 3 del Génesis presenta el cuerpo y sus deleites como ocasión de pecado. La tentación adquiere en seguida un componente sensual, o deseo de los sentidos: -Y vio la mujer que el árbol era apetitoso, atrayente y deseable- (Gén. 3, 6).

También el capítulo 32 del Éxodo narra la idolatría de Israel, al pretender tener un dios sensible, que pudieran ver. Con ello, sus sentidos -su cuerpo- se convierte en instrumento de prevaricación.

En el Nuevo Testamento, la realidad corpórea adquiere su máxima dignidad cuando el Hijo de Dios tomó cuerpo en las entrañas purísimas de María siempre Virgen. A través de ese cuerpo es como Cristo expresa sus sentimientos más íntimos (cfr. Mc. 10, 21; Jn. 4, 6) y es también su mismo cuerpo lo que ofrece a los discípulos como signo de

entrega cuando instituye la Eucaristía (cfr. Lc. 22, 19). Finalmente, el cuerpo de Cristo, maltratado hasta lo indecible en su Pasión y Muerte, y glorificado luego en la Resurrección, es el instrumento de la Redención.

San Pablo enaltece el cuerpo del cristiano al considerarlo como templo del Espíritu Santo y que, por tanto, no debe ser objeto, instrumento de pecado, sino de gloria y alabanza a Dios (cfr.

Rom. 6, 12-13; 1 Cor. 6, 12-20).

Son, quizá, estas recomendaciones paulinas las más luminosas a la hora de averiguar el papel del cuerpo en el itinerario ético del cristiano. Así, hay que educar al cuerpo para que vea el mundo con ojos nuevos, de modo que se haga también partícipe de la alabanza de toda la naturaleza a su Creador.

Como es a través del cuerpo como siente el hombre la proximidad de los demás, hay que educarle también para la acogida, el respeto y el encuentro con los demás, evitando convertir en un instrumento el cuerpo propio y el de los otros y utilizarlo para una búsqueda indiscriminado de placer, que no es más que una forma grosera de egoísmo.

RESPONSABILIDAD SEXUAL FRENTE AL AMOR

El sexo es un hecho biológico, pero, en el marco del amor humano, expresa el deseo de absoluto: es una manifestación de amor mediante la cual el hombre se prolonga más allá de su propia vida. El profundo deseo humano de paternidad está inserto en la sexualidad.

El amor fija las relaciones hombre-mujer en su mutua entrega. La sexualidad es el vehículo biológico de esa entrega, pero el amor, si es humano realmente, compromete todos los planos de la vida del hombre. Es unión total para volcarse después en una misión común a los propios amantes. La expresión más biológica de ese unirse y entregarse para vivir después como uno solo es el hijo, fruto de la mutua generosidad y empresa común de los padres.

El amor como encuentro

El amor entre un hombre y una mujer es consecuencia primera de un encuentro, que es iniciado por la atracción sexual: se ven, se miran, se hablan, se sienten mutuamente atraídos. Este encuentro entraña dificultades y exigencias.

Dificultades, porque no siempre es mutuo desde el principio, ni siempre llega a serio, pues puede no darse la correspondencia del otro. Dificultades, porque uno de ellos puede acosar al otro, utilizándolo como un objeto para satisfacer su egoísmo; o porque en ese encuentro uno pretenda imponerse al otro, movido por la soberbia, que lleva siempre a la egolatría y al desprecio a los demás.

Y exigencias, que en gran parte consisten en el esfuerzo por superar esas dificultades y por mantener abierta la esperanza de que se conseguirán superar. Entre estas exigencias están la capacidad de atención al otro y el respeto a su persona, con lo que lleva de respeto a sus opiniones y manera de pensar; y la renuncia a intereses o aficiones personales, cuando convenga para hacer feliz a la otra parte.

El amor como amistad

Como consecuencia del encuentro y del trato surge la amistad. El amor es un camino de amistad que desemboca en hacer del amante un otro yo, procurando ver cómo se puede enriquecer al amado con las cualidades que uno posee. Para ello es muy importante que haya aquella confianza por la que el yo se va abriendo al tú. En el discurrir de la relación amorosa, el espíritu del otro, que es siempre lo más noble y misterioso, se va desvelando poco a poco en un mutuo conocimiento. Ambos se conocen y se admiran: se aman. Al final, cuando la comprensión mutua llega a ser tal que garantiza la viabilidad de una vida en común y para siempre frente al quehacer compartido en el mundo, el desvelo es total e incluye también el cuerpo, que viene a sellar con la unión carnal la unión espiritual ya existente: es el matrimonio, el hacerse también los dos "una sola carne" (Mateo 19, 5).

El amor en la Sagrada Escritura

La Biblia es toda ella un mensaje y una meta de amor, pero sobre todo en el Cantar de los Cantares se dedica a cantar por entero el amor humano como una realidad en que se refleja el amor divino.

"El amor humano, revelación de Dios.

"No hay desacuerdo sobre el tema, lenguaje y tono lírico del Cantar. Celebra el amor. La dificultad se hace mayor al tratarse de interpretar de qué amor se habla. ¿Del amor entre un hombre y una mujer, novios felices, el día de su boda? ¿Del amor entre Dios y su pueblo escogido?

"Dos series de datos hay que tener en cuenta a la hora de leer con fruto este pequeño libro de amor.

"Judíos y cristianos han leído en estos cantos de amor una expresión de las relaciones de Dios con su pueblo. Y esta lectura influyó a la hora de aceptar el libro en el canon de las Escrituras como palabra de Dios.

"El amor humano es, en la Biblia, la imagen que expresa mejor el amor de Dios a su pueblo.

"Por eso, sin imponer ninguna intención al autor sagrado, tal vez estos cantos celebran el amor único y exclusivo entre un hombre y una mujer y sirven también de punto de apoyo para expresar el gozo del amor de Dios. "la alegría que encuentra el marido con su esposa la encontrará Dios contigo." De este amor se habla en este libro. La pareja juvenil aparece en él transfigurada y mostrándolo todo bello desde su perspectiva. Para el que ama todo es bello y bueno. El amor humano es uno de los lugares privilegiados donde el hombre conoce a Dios. En un mundo en el que tanto se habla de amor no siempre se vive esta realidad con la dignidad, poesía, transparencia y alegría, con que viven los esposos del Cantar. Ciertamente el amor humano no es una realidad indigna de ser cantada en la Biblia. San Pablo ha podido ver en él, el símbolo profundo del amor de Cristo por su Iglesia. Bernardo de Chiaravalle, Francisco de Sales, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús y muchos otros místicos acuden al lenguaje del Cantar para expresarse. Les sirve para traducir la experiencia mística de su amor sagrado. Y es normal, porque el amor humano es un reflejo de Dios, porque "Dios es amor". Así pues, leeremos el Cantar en dos registros. Y descubriremos a Dios en ambos. Primero en amor humano que describen los cantos y luego en la profundidad del amor de Dios a su pueblo, de la que también son signo. "Si el amor intenso y "fuerte como la muerte" de los enamorados del Cantar, excluyese todo temor y se pudiese extender a todos los hombres sin debilitarse, nos encontraríamos con el espectáculo asombroso del "amor cristiano", ancho, largo, profundo, que no pasa nunca - . (Bplic, t. I)

También los profetas usan imágenes tomadas del amor humano para expresar con fuerza el amor de Yavé por su pueblo, y llegan a comparar las infidelidades de Israel para con Dios con las de una mujer adúltera con su esposo. En el Nuevo Testamento, tanto los evangelios como las cartas de San Juan y San Pablo aluden con frecuencia al Amor como fuente del amor, enseñando que todo amor humano, en todas sus formas verdaderas, viene de Dios. Merece especial mención el canto al amor que San Pablo ofrece en la primera de sus cartas a los corintios (cap. 13).

"Pablo advierte a los corintios del peligro que corren de dejarse engañar por las apariencias. Lo extraordinario del cristianismo no está en las manifestaciones prodigiosas o en el poder de hacer milagros. Lo extraordinario del cristianismo consiste en que un hombre ordinario sea capaz de amar con sencillez, humildad y perseverancia.

"El amor cristiano puede parecer una falta de personalidad a quienes consideran que la hombría consiste en la "dignidad", y en no aguantar las ofensas sin exigir reparación. Puede incluso parecer despreciable.

"Frente a esa manera pagana de ver las relaciones humanas, Pablo describe el ideal cristiano de la caridad. La caridad es un amor que se manifiesta en pequeños detalles, en gestos muy concretos. Un amor que se pone en actitud de servicio, es decir, que invita a los demás a pedir favores. Se puede contar con él. Un amor desinteresado y gratuito que renuncia a sus propios derechos, a tomarse la justicia por su mano, y se dirige precisamente a aquéllos que no le devolverán nada: los pobres y los enemigos. Un amor que evita las palabras y los gestos ofensivos. Un amor que busca la verdad y la acepta, incluso si la encuentra en los propios enemigos.

"Al final de este himno prodigioso recuerda San Pablo que el amor "disculpa, se fía, espera y aguanta sin límites". Significativa progresión: ya es mucho disculpar siempre, es decir, silenciar, no tener en cuenta, cuando nos sentimos tan inclinados a ver mala intención en los demás. ("Piensa mal y acertarás", corre con frecuencia como moneda buena entre bastantes cristianos.) Pero supone, todavía más, creer en los otros siempre, es decir, fiarse de ellos, darles la confianza de antemano sin sospechar malas intenciones nunca. Puede suceder que nos tengamos que rendir a la evidencia del mal. Entonces -recuerda San Pablo- el amor espera sin límites; es decir, tiene la seguridad de que lo que hoy no es posible, mañana puede ser una realidad. Semejante actitud condena a quienes dicen de cualquier hombre -hundido "no hay nada que hacer con él". ¿Por qué con nuestra poca confianza y capacidad de perdón herimos en el hombre -en los niños sobre todo- la posibilidad de resurgir y enmendarse?

"Pero el amor puede dar aún una muestra mayor de su profundidad.

"Cuando la esperanza del cambio se ve defraudada una y otra vez, el amor cristiano no se - hunde, no se desanima: aguanta sin límites. Imita la paciencia misma de Dios, porque sabe que el amor nunca falta y que llegará un día en que brille con todo su esplendor lo que ahora permanece todavía oculto en el corazón del hombre. Si no tenemos amor, no somos nada. (Bplic, t. 2).

Hay en la Sagrada Escritura infinidad de personajes que son expresión de un amor distinto del que el mundo hoy exalta. Entre ellos destaca de modo peculiar la Santísima Virgen.

VALORACIÓN ÉTICA DE ALGUNOS COMPORTAMIENTOS SEXUALES

Después de todo lo anteriormente expuesto es lógico que la sexualidad sea tratada con gran respeto, superando tanto la banalidad como el miedo.

Entre los animales, que son seres sexuados, pero no espirituales, la sexualidad se rige por los instintos, y por carecer de racionalidad y libertad, carece también de moralidad.

El ser humano, distinto por el hecho de ser racional, puede realizar lo que los animales no pueden: separar la sexualidad de su función natural.

La sexualidad, como toda función natural, incluye un placer en su ejercicio, y el hombre es capaz de separar su uso natural y el placer que lleva consigo. De esta manera pone como fin el placer prescindiendo de su fin natural y, por tanto, de su moralidad.

El ejercicio de la sexualidad, que es siempre un componente muy importante de la personalidad, será bueno o malo en la medida en que ayude al hombre a actuar de una manera realmente humana, y le lleve a una madurez emotiva, que sólo se logra cuando las tendencias sexuales están al servicio del amor auténtico.

"Amor y fecundidad son, por tanto, significados y valores de la sexualidad que se incluyen y reclaman mutuamente y no pueden, en consecuencia, ser considerados, ni alternativos, ni opuestos" .
(Sagrada Congregación para la Educación Católica, 1-XI-83)

Conviene hacer ahora una valoración ética sobre algunos comportamientos sobre los que, algunas veces, se oyen opiniones erróneas y que no constituyen una forma adecuada de vivir la sexualidad plenamente humana, o bien porque hacen imposible la fecundidad, o bien porque no se dan dentro del marco de un amor estable.

Masturbación y autoerotismo

El primer acto sexual que no está abierto a la fecundidad es la masturbación, pues es usar de la facultad sexual de una manera que contradice su finalidad. Un sexo está para el otro y es necesario el concurso de ambos para que el acto sexual tenga verdaderamente sentido. Supone una falta de respeto al propio cuerpo que se cosifica, haciéndolo objeto de placer.

Desde el punto de vista objetivo de la moral católica, es siempre un desorden moral que no puede ser justificado por ningún motivo, y que ha de ser considerado como grave.

Desde el punto de vista subjetivo puede haber situaciones de inmadurez o desequilibrio psíquico o, sencillamente, un hábito, que atenúen el carácter deliberado del acto, de manera que no siempre el pecado sea subjetivamente grave. Pero estas situaciones, si hay lucha, siempre acaban por arreglarse.

Homosexualidad

En la misma línea que la masturbación se encuentran los actos homosexuales. Todo acto sexual natural debe quedar abierto a la procreación y ha de ser, por tanto heterosexual, la única forma de procrear.

No se puede reconocer nunca una justificación moral a estos actos por considerarlos conformes a la condición de esas personas, pues, según el orden objetivo, las relaciones homosexuales son actos privados de su regla esencial: la unión con el otro sexo.

Por otra parte, hay que distinguir claramente entre la inclinación homosexual o tendencia homosexual y las prácticas homosexuales. La primera puede existir por causas absolutamente involuntarias y más o menos conocidas por la ciencia médica. Al no ser voluntarias estas inclinaciones, no son pecado, pero son objetivamente desordenadas. En

cambio, para las prácticas homosexuales vale lo que se acaba de decir antes. Una persona con esta tendencia debe vivir la castidad. El 31 de octubre de 1986, la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe publicó una carta enviada a todos los obispos, sobre las personas homosexuales, en la cual se expone, con abundancia de documentos de la Sagrada Escritura y del Magisterio, la doctrina que hemos indicado.

Relaciones extramatrimoniales

Como el acto sexual debe darse en el marco del amor, atentan contra el recto uso de la sexualidad, tanto la fornicación sin amor (pocas cosas denigran más a la persona que usar del cuerpo como una mercancía), como las relaciones prematrimoniales, en que el amor no es estable, ni ante la sociedad, ni ante Dios, o las relaciones extramatrimoniales, en que la estabilidad del amor ni siquiera es posible por haber ya un vínculo anterior.

En estos casos se posee el cuerpo del otro, pero no se le ama íntegramente, como a un verdadero tú humano. Además, en estos casos, o se evita ordinariamente la procreación y se separa el aspecto unitivo del procreativo (que deben estar unidos en un acto sexual humano), o se causa, fácilmente, daño a otras personas (cfr. S. C. para la Doctrina de la Fe, Persona humana, nn. 6 y 8).

Se dan en ocasiones ciertas manifestaciones de tipo sexual -besos eróticos, abrazos, etc.- que de suyo disponen a la relación sexual completa, aunque sin llegar a ella, y que producen excitación sexual. Estas manifestaciones genitales son un desorden moral porque se dan fuera del contexto matrimonial. Hay que hacer que los jóvenes descubran los valores profundos del amor y a comprender el daño que tales manifestaciones producen a su maduración afectiva, ya que les lleva a buscar un encuentro instintivo y no personal (cfr. S. C. para la Educación Católica, 1-XI-83). Por otra parte, no basta con decir que se realiza un determinado acto por amor para que éste sea moral, ya que fácilmente se llama amor a lo que, en realidad, es sólo egoísmo.

"He aquí, por ejemplo otro pasaje, en el que el autor bíblico analiza el estado de ánimo del hombre dominado por la concupiscencia de la carne:

"...el que se abrasa en el fuego de sus apetitos que no se apaga hasta que del todo le consume; el hombre impúdico consigo mismo, que no cesará hasta que su fuego se extinga; el hombre fornicario, a quien todo el pan es dulce, que no se cansará mientras no muera: el hombre infiel a su propio lecho conyugal, que dice para sí: ¿Quién me ve? La oscuridad me cerca y las paredes me ocultan, nadie me ve, ¿qué tengo que temer? El Altísimo no se da cuenta de mis pecados'. Sólo teme los ojos de los hombres. Y no sabe que los ojos del Señor son mil veces más claros que el sol y que ven todos los caminos de los hombres y penetran hasta los lugares más escondidos. (...) Así también la mujer que engaña a su marido y de un extraño le da un heredero" (Sab. 23, 22-32).

"No faltan descripciones análogas en la literatura mundial. Ciertamente, muchas de ellas se distinguen por una más penetrante perspicacia de análisis psicológico y por una mayor intensidad sugestiva y fuerza de expresión. Sin embargo, la descripción bíblica del Sirácida (23, 22-32), comprende algunos elementos que pueden ser considerados, "¿clásicos" en el análisis de la concupiscencia carnal. Un elemento de esta clase es, por ejemplo, el parangón entre la concupiscencia de la carne y el fuego: éste, inflamándose en el hombre, invade sus sentidos, excita su cuerpo, envuelve los sentimientos y en cierto sentido se adueña del "corazón". Esta pasión, originada por la concupiscencia carnal, sofoca en el "corazón" la voz más profunda de la conciencia, el sentido de responsabilidad ante Dios; y precisamente esto, de modo particular, se pone en evidencia en el texto bíblico que acabamos de citar. Por otra parte, persiste el pudor exterior respecto a los hombres -o más bien, una apariencia de pudor-, que se manifiesta como temor a las consecuencias, más que al mal en sí mismo. Al sofocar la voz de la conciencia, la pasión trae consigo inquietud de cuerpo y de sentidos: es la inquietud del "hombre exterior". Cuando el hombre interior ha sido reducido al silencio, la pasión, después de haber obtenido, por decirlo así, libertad de acción, se manifiesta como tendencia insistente a la satisfacción de los sentidos y del cuerpo.

"Esta satisfacción, según el criterio del hombre dominado por la pasión, debería extinguir el fuego; pero, al contrario, no alcanza las fuentes de la paz interior y se limita a tocar el nivel más exterior del individuo humano. Y aquí el autor bíblico constata justamente que el hombre, cuya voluntad está empeñada en satisfacer los sentidos, no encuentra sosiego, ni se encuentra a sí mismo, sino al contrario, "se consume". La pasión mira a la satisfacción; por esto embota la actividad reflexiva y desatiende la voz de la conciencia; así, sin tener en sí -principio alguno indestructible, "se desgasta". Le resulta connatural el dinamismo del uso, que tiende a agotarse. Es verdad que, donde la pasión se inserte en el conjunto de las más profundas energías del espíritu, ella puede convertirse en fuerza creadora: pero en este caso debe sufrir una transformación radical. En cambio, si sofoca las fuerzas más profundas del corazón y de la conciencia (como sucede en el relato del Sirácida 23, 22-32), 11 se consume" y, de modo indirecto, en ella se consume el hombre que es su presa". (Juan Pablo II, 10-1X-80).